

guna persuasión pura pudieran moverse ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anochecía cuando desembarcó para volverse á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteando en sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaran siniestras sombras y terribles amagos, respondió suplicando al destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, llevándolo como quien lleva un objeto inerte y expidiéndolo á Grecia, con lo cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocábanse tristemente. Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche, devorada en su triste hogar, debió Cicerón revolver allá por su mente, casi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirar en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor en el teatro público, y después de muerto apartarlo con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella caza de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servi-

dumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían, acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Y para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón había salvado la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven liberto, á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador en tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Prohibióles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato, infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgredado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso estoicas frialdades á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las



manos. El oficial se puso por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. El instrumento de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de la espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en hueso y nervios; convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el matadero. Y se repartieron los despojos cual si fuesen aprovechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeran las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas, los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancerada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmover al pueblo: ¡tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tiranía! Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la República fué grande; pero todo cuanto nació en el Imperio, con excepción de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo la grande agitación subsiguiente á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra, y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el Imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del

trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

— Muy bien — dijo Séneca, — muy bien describiste, Lucano, esa hermosa muerte del gran orador latino. En todas partes, á cualquier instante de la vida, el hombre debe contemplar lo próximo y lo necesario de la muerte. Pero en parte ninguna le cumple tanto esto como entre los placeres y sus desvaríos, que parecen prestarle de suyo dos ideas contradictorias: ó bien que la vida en este mundo es perpetua, ó bien que la muerte se confunde y se identifica con la nada. La vida no es perpetua; nacemos para morir. La muerte no se identifica con la nada; más bien es un seguro comienzo de otra vida mejor. Yo voy á las bodas con tristeza porque sé cómo el amor sólo engendra mortales; y voy con interior satisfacción á los entierros, porque sé cómo la muerte sólo engendra inmortales. Nos quejamos de lo breve de nuestra vida y decimos tener tan corto tiempo á nuestra disposición. Pues bien: este corto tiempo de que disponemos, todavía lo malversamos en horas como esta hora de regocijo y de placer. Nos arrojamos al curso del tiempo como el suicida que se arroja en un exceso de fiebre al agua. Nunca entramos dentro de nosotros mismos, ni hacemos examen escrupuloso de conciencia. Si ese grande orador, á quien acabas de referirte, se hubiera encerrado dentro de sí mismo, ¿le sucediera lo que le sucedió para su eterna desgracia propia y eterno luto de la humana historia? Pero, dividido entre los Catilinas y los Clodios, propenso unas veces á Pompeyo y ótras á César, amigo un día de sus enemigos y enemigo de sus amigos otro día, sorprendido en el bando de Octavio cuando éste lo entregaba en su ambición al desquite y venganza de Antonio, nunca tuvo en la victoria reposo, ni en la desgracia resignación. Hasta cuando se reclusa en Túsculo, y estaba con su conciencia y con su espíritu cara á cara en la soledad, se decía esclavo, porque realmente lo era de sus compromisos con el mundo externo y de sus ambiciones por la dirección y el gobierno de Roma. La verdadera libertad está en poseer antes que todo y sobre todo nuestro personal é íntimo albedrío.

Cuando Séneca decía estas últimas palabras, un sordo rumor



se levantaba en el concurso, bien significativo de una común emoción en todos los concurrentes. Con efecto, apareció Agripina más bella y deslumbradora que en las otras ocasiones de su presentación solemne ante la corte plena. Su vestido relucía con brillantez mayor que otras veces; sus joyas, aunque más en número de lo habitual en ella, relucían á modo de ciertos astros de extraordinaria magnitud en las noches serenas. Verdaderamente parecía una diosa. Claudio, á su lado, cojeando, vacilante, crasísimo, aparecía como Vulcano junto á Venus. Los dos príncipes, Nerón y Británico, estaban como en la flor de su edad. Sin embargo, por motivos contrarios, parecían los dos tristes. En cambio, la mujer del primero, la buena Octavia, vestida con todo el asiático lujo usual á Roma entonces, tan resignada parecía con todo cuanto pudiera pasar y con todo cuanto pasaba en derredor suyo que la hubierais tomado por indiferente. Sin embargo, los aromas embriagadores y los acentos melódicos esparcidos en el aire, los centelleos de las luces y los centelleos de tantos encendidos ojos, el placer y alegría disueltos en aquel concurso difundieron cierto regocijo en todos los ajenos al secreto de lo preparado, y con especialidad en Claudio, quien por su parte ninguna cosa de malo sospechaba ni temía, como desasido en tal momento de aquel que á la continua pensaba y sentía por su persona propia, como desasido de su vigilante liberto. Sin recelo él, como ella sin escrúpulo, no reinaba sobre la situación y sobre la concurrencia el terror que debía reinar bajo el peso de las innumerables preocupaciones que algunos debieran sentir en el alma, si tuvieran un átomo de remordimiento en el pecho. Pero, ¿cómo Agripina podría tener ningún remordimiento, cuando le faltaba por completo la conciencia? El pobre Claudio saludó á los invitados como en las mejores fiestas de su corte; y tomando una copa de vino, deshojó en ella una rosa, y después de haberla ofrecido, como en los brindis modernos, primero á los dioses, después á la concurrencia, vacióla de un trago. Tras este cumplido comenzó el festín. La cocina romana se lució en aquella fiesta de un modo extraordinario. Toda la química de sus condimentos lució en los guisos aderezados de superior manera. Cuatro robustos marmitones se necesitaban para sobrellevar cada jabalí asado todo entero y relleno de olivas mezcladas con uvas. Las ocas daban ya entonces

sus hígados sabrosísimos, que mezclaban los romanos con mieles, sirviéndolos calientes sobre pámpanos de parra muy frescos. No se hubieran podido contar los pavos reales que allí solían servirse, todos cubiertos con sus brillantes plumajes y ostentando las abiertas colas cual si estuvieran vivos. Los pescados no tenían precio ni número. Claudio gustaba de ellos porque lo excitaban á la bebida. Se habían llevado sus guisos hasta la extravagancia. No había rico romano que comiese las murenas, si no las veía morir á su vista en el mismo festín minutos antes de condimentarlas. Comíase una especie de salmonetes, que se pagaban á ocho mil sestercios, más de mil quinientas pesetas, libra. Los escaros de la mar que circunda el islote conocido con la denominación de Escarpento habían recibido de Claudio un particular cuidado, pues tenían ya en un grande adelanto aquellos pueblos la piscicultura, desdeñada más tarde, cuando en las irrupciones bárbaras y en el feudalismo á las irrupciones consiguiente se perdieron todos los perfiles del antiguo refinamiento clásico. Y no digamos nada de las ostras, pues aparte las puestas en verso por Horacio y muy regaladas, aparte las otras del fecundo Lucrino, habíalas de Circea, que aventajaban en gusto delicado á las muy merecidamente célebres de Bretaña. Los vinos eran más capitosos y más espesos que los nuestros. Así los mezclaban con agua. Horacio cantó la fuente de Bandusia como la más digna de mezclar sus aguas con el buen vino, y celebró como propio de las fiestas que se daban en honor del pacificador Augusto aquel vino que vió la guerra de los Marsios, si es que algún ánfora de él pudo salvarse á la sed rabiosa del soldado que mandaba en sus correrías el rebelde siervo Espartaco. Columela trae la receta de aguar el vino. En un cántaro que contuviese doce cyathos de líquido, juntábanse nueve de vino y tres de agua. El vino nuevo se ponía, como nuestras cecinas, al humo para darle sabor y condiciones de vino viejo. Por sus mezclas llamaba cratera la vasija donde se unían el agua y el vino. Y por su forma, patera la copilla donde se bebía. Y digo copilla para diferenciarlas de las copas denominadas del dios Hércules, las cuales tenían enormes proporciones. Claudio bebió en esta noche que describimos su vino predilecto, el vino de Sezia, vertiéndolo por medio del instrumento llamado gutalo, propio de las libaciones religiosas, gota á gota, en



una copa formada por un topacio con sumo arte. Así no debe maravillarnos que á los vapores del vino sacudiese las ideas tristes que le habían causado los disgustos entre su familia y el temporal destierro de su liberto favorito. Veía Roma en el horizonte muy conforme con el imperio y á sus pies muy tranquila; todos los suyos, excepción hecha de Narciso, rodeándolo con salud y en alegría; más bella que nunca y más amante su joven mujer Agripina; la corte romana en todo su esplendor; el siervo Haloto á su vera, gustando de todo antes de que lo devorara él para su tranquilidad; en consecuencia no se veían en sus ojos nubes, ni en sus entrecejos arrugas: el placer lo arrastraba en su fácil curso y lo sumergía en sus voluptuosas ondas. ¿Cómo era posible imaginar que se aprovechase una fiesta, la reunión más numerosa que se había visto en palacio, el espasmo de las grandes alegrías para cometer un tan execrable crimen, acabando con el dios mismo á quien se consagraba la fiesta? Así Claudio habla, como hemos dicho, desechado todo recelo y dándose con libertad plenísima en absoluto al placer de una comida y una bebida exageradas como siempre que le tentó la gula.

— Divirtámonos á nuestro sabor — decía, — y olvidemos todos los disgustos. Invoquemos al dios Apolo para que nos asista con todas sus musas y nos aleje todos los pesares. Mezclemos á la sangre de las venas el vino viejo y absorbamos las esencias que caen disueltas de los aires sobre nuestras frentes. Veamos cómo los atletas se untan el cuerpo con los aceites de Minerva para sus actitudes escultóricas, con las cuales recuerdan las estatuas griegas, y oigamos cómo las vírgenes con sus voces melodiosísimas conciertan un coro de suaves cadencias que nos traigan la seguridad plena de un amor eterno. No nos inquietemos pensando en mañana. Los dioses gustan de nuestros inciensos y de nuestros discursos. Ceres nos regala con su pan, y con su vino Baco. Bajo el frondoso follaje maduran las frutas en los huertos, y sobre flexibles tallos se abren las flores en las praderas. El címbalo resuena de montaña en montaña, y la vid cierne su polen fecundísimo, en cuyos átomos van encerradas uvas henchidas de mosto. Ningún deseo está por satisfacer en el corazón. Siempre que sentimos el amor, Venus, á nuestra edad, nos procura el medio de satisfacerlo hasta con em-

pacho. Aunque no tengamos en las sienes el verde mirto de la juventud, tenemos en las manos el vaso rebosante de licor divino y en el pecho un corazón que de amor estalla. Comamos, bebamos y gustemos de todas cuantas dichas hay en el mundo. Regocijémonos dando al pecho la misma paz dada con tanto acierto al Imperio. Que corran las ideas á su antojo por nuestra inteligencia, las pasiones por nuestro sentimiento, el oro en las arcas, el vino en las mesas, el hidromiel en los altares, el verbo en la tribuna, el genio en la poesía, y las ninfas con los cinturones sueltos y las gasas flotantes por nuestros bosques y por nuestros jardines. Paz, paz, paz.

En vano pronunciaba desde alturas tan vertiginosas como el trono palabra tan divina como la palabra paz el emperador Claudio; una fatalidad incontrastable pesaba sobre su frente y lo tenía como aplastado bajo tan inmensa pesadumbre. Mientras á su cándido natural se había sobrepuesto con toda su influencia el placer, penetraba el crimen más y más en el corazón de su esposa. Indiferente, serena, majestuosísima, no quitaba ojo de los instrumentos apercibidos y montados á la perpetración de sus parricidas planes. Había comprado al gustador, quien debía tragarse una seta sin salsa, para satisfacer el ministerio de salvaguardia que desempeñaba, dejando sin gustar el condimento de tal plato, donde iba disuelta con todos sus espantosos estragos la implacable muerte. Jamás conoció el mundo naturaleza tan idónea para el crimen como la naturaleza de Agripina. Cuando se apercibía con tanto tiempo y empeño á descargar un golpe mortal sobre persona como Claudio, con quien la obligaba, si no un amor que no podía imponer al corazón, á pesar de sus deberes y de sus juramentos, una gratitud que debían recordarle á la continua su memoria y su conciencia, no fruncía el ceño, ni daba señal ninguna por la que pudiera inducirse lo supremo del momento y lo grave del crimen. Desde sus alturas había procurado que las setas fuesen las mayores y las más apetitosas posibles; que se presentasen al instante señalado por ella con la implacable frialdad de una Parca cortando con sus tijeras el hilo de una vida. Todas las mixturas hallábanse compuestas ya para el preparado envenenamiento de Claudio; todos los cómplices y encubridores y actores de la maldad en sus puestos respectivos; y Agripina vigilaba el plan aquel sin estremecerse, como si presidiese



cualquiera de las operaciones usuales y corrientes de la vida humana en su mayor inocencia. Venían las setas humeantes, con las setas humeantes la gustosísima salsa; el gustador estaba en su puesto; el siervo encargado de la mezcla terrible acababa su operación; el médico se preparaba con un poco de dolor y escrúpulo al cumplimiento del terrible ministerio que le habían asignado, y Agripina contaba con fuerzas bastantes para dirigirse á su esposo y decirle:

- No comas tanto, que pueden hacerte daño los manjares.
- ¡Ca! — dijo Claudio atracándose.
- Reserva un poco de apetito para las setas.
- ¿Tenemos setas?
- ¡Vaya si las tenemos!
- ¡Qué gusto!
- No puede darse un festín en palacio sin ellas.
- ¡Pues ya lo creo!
- Como que constituyen tu plato favorito.
- Lo confieso, ningún manjar tan sabroso á mi paladar y tan acepto á mi estómago.
- Por eso he ordenado que te las sirvieran.
- Incomparable mujer eres, Agripina: así dispones un senado-consulta como un buen guiso, y así mandas una legión de pretorianos como una compañía de pinches.
- Todo en servicio tuyo y en servicio del Imperio.
- Lo sé; y como lo sé, obligado y agradecido te quedo á cuanto haces por mí.
- Quererte con todo mi corazón, servirte con todas mis fuerzas.
- Y con estas minucias conoce uno el cariño de los demás indudablemente.
- ¿Cómo podría olvidar cuánto te gustan las setas?
- Mi madre tuvo antojo continuo de tal manjar durante los meses que me llevó en su vientre.
- Me lo has dicho.
- Así no debes maravillarte si te pido setas en el día y en la hora misma de mi muerte.
- Ya sabes que para obedecerte nací yo, y que obediente me hallarás á tu lado toda la vida.
- Gracias, Agripina, gracias — dijo el incauto á la hipócrita.

— Pero no comas así — añadió ésta, — que puede hacerte daño y echarás de menos las ganas en cuanto vengan otros platos.

— ¡Qué quieres! Me llaman á una glotón. Y eso nunca lo perdonaré. Cualquier historiador que lo dijese mentiría. Y no tenemos dominio sobre la historia. Suéltale un lebril á los historiadores, cuando te has muerto, y todo el mundo se goza en darte un puntapié, por lo mismo que ha debido en vida idolatrar tu persona. Pero ni soy comilón yo, ni mucho menos bebedor; soy así algo excesivo en comer y beber, pero no glotón, pero no borracho. Déjame, pues, comer á mis anchas, Agripina. Por mucho que coma, no me faltará apetito para echarme un plato como el gustosísimo de las setas entre pecho y espalda.

— Con efecto, aquí están las apetecidas y gustadas setas, aquí están, Claudio. Que de salud te sirvan. Que buen provecho te hagan. ¿Vas á comer todo ese plato? ¡Cuántas! Las hay superiores. No recuerdo haberlas visto tales en mi vida. Con cuidado, con cuidado. No vayas á tener indigestión. Mira que son indigestas.

Mientras Agripina decía tales cosas, Claudio se atracaba de setas sin tasa. Mojábalas con placer en el condimento y se las engullía sin mascarlas casi. El gustador estaba de pie á su lado indiferente, mientras el siervo, que acababa de servir el aderezado moje, corría, como quien huye de sí mismo, á la cocina, echando al suelo salsera con plato y cubriéndose la cara con dos manos como para no verse á sí mismo por lo feo que se veía en su conciencia. No habían pasado por las tragaderas del emperador los primeros bocados del guiso, cuando lanzó un grito, resonante por su intensidad y por su estridor en toda la sala; y tras el grito dejó caer la mitad superior del cuerpo sobre la mesa, estremeciéndose, falto de sentido, con la cara demudada, los puños crispados, al empuje de una horrorosa epilepsia. Los circunstantes, que habían sido invitados á una fiesta y no á un entierro, pusiéronse de pie con la uniformidad que á una muchedumbre descompuesta da el instinto simio, nativo en la naturaleza humana, de contagiosa imitación, preguntando unánimes qué pasaba. El primer cuidado de Agripina, como buena esposa, fué llamar al médico; y no acababa de llamarlo, cuando aparecía ya por allí el buen Xenofonte muy solícito. Llamado el médico, apresuróse la emperatriz á calmar las impacien-



cias del concurso, diciendo que tenía el emperador un ligero vértigo, causado por los vapores del vino y por la rareza del aire. No debieron creer en la levedad del mal de su padre Octavia y Británico, pues echados de hinojos á sus plantas, lo cubrían de caricias, lo llamaban á voces, llenando de funerales alaridos y de sollozos espantables todo el recinto, cargado todavía con los ecos del voluptuoso festín. Nerón estaba de pie junto á su madre, frío y erguido, apercibiéndose al imperio y al trono, como un atleta griego, pronto á desvestirse y á tomar carrera en los juegos olímpicos. Agripina fingía el dolor, como ella supo fingirlo todo en la vida, con suma naturalidad, pero apresurándose á separar de allí el cuerpo inerte y á preparar lo necesario para que ocupara inmediatamente su hijo el vacío por él hecho sobre la cima de Roma. En cuanto pudo sacó del salón aquel, tan lleno de gentes, el cuerpo de su esposo, quien aún se agitaba y estremecía con los sacudimientos precursores de la muerte, y mandó tenderlo en su propio lecho nupcial, donde había encontrado su mortaja el infeliz y cuitadísimo. ¡Cuál imperio sobre sí aquella mujer necesitaba para perpetrar un crimen tan espantable con calma! llorar con apariencias de verdad los resultados horribles del crimen por ella cometido, la triste agonía de Claudio, y prepararlo todo y apercibirlo todo á fin de que no fuera el crimen inútil y aquel por quien se perpetraba recogiese los frutos sembrados por la nativa perseverancia de su madre, acerada en las alturas del trono. Mientras el concurso murmuraba, y la servidumbre gemía, y Octavia con Británico lloraban, y departían cual si nada sucediera Séneca y Persio y Lucano filosóficamente, y los guardias del pretorio corrían de un lado para otro, y los cortesanos presentaban parias al supuesto sucesor inmediato que sonreía plácido, susurraba estas palabras Agripina, para sí, viendo llevar entre seis ú ocho esclavos los restos inertes de Claudio á la cama:

— ¡He triunfado! ¡Emperador es Nerón!

FIN DEL TOMO SEGUNDO

## ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
CAPITULO PRIMERO. — Los dos hermanos. . . . .	5
CAPITULO II. — El ideal y la realidad. . . . .	29
CAPITULO III. — La retórica de Nerón. . . . .	51
CAPITULO IV. — Elocuencia, poética, música neronianas. . . . .	75
CAPITULO V. — La oración de un suicida. . . . .	111
CAPITULO VI. — Amor sin matrimonio y matrimonio sin amor. . . . .	139
CAPITULO VII. — Corona y yugo. . . . .	165
CAPITULO VIII. — Ginocología romana. . . . .	182
CAPITULO IX. — La <i>Farsalia</i> de Lucano. . . . .	215
CAPITULO X. — Las fiestas imperiales frente á los recuerdos republicanos. . . . .	238
CAPITULO XI. — La última victoria de Agripina. . . . .	265

ADVERTENCIA. — El cromo que representa una PÁTERA DE ORO MACIZO (de la época de los emperadores) debe colocarse enfrente de la portada.